
ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Plaza pública á la entrada de la ciudad.

MARIANA, cubierta con un velo; ISABEL y FRAY PEDRO detrás. Entran por un lado, el DUQUE, VARRO y NOBLES, y del otro, ANGELO, ESCALO, LUCIO, el ALCAIDE, ALGUACILES y CIUDADANOS.

DUQUE. Mi dignísimo primo, Dios os guarde.
Celebro veros, fiel y caro amigo.

ANG. { Muy bien llegada Vuestra Alteza sea.
ESC. }

DUQUE. Entrambos aceptad cordiales gracias.
(A Angelo.)
Por los informes que he tomado, veo
Que con justicia tanta procedisteis,
Que es fuerza que ante el público os aclame,
Merecedor de universal aplauso.

ANG. Los lazos estrecháis que á vos me unen.

DUQUE. En alta voz el mérito se anuncia,
Y os ofendiera yo si pretendiese
Encerrarlo en la cárcel de mi pecho,
Cuando en letras de bronce publicarse

Debiera, encastillado contra el diente
 Del tiempo y la carcoma del olvido.
 La mano dadme, y que la gente vea
 Por medio de este público agasajo
 La íntima amistad que á vos me une.
 Venid. Escalo, vos al lado opuesto.
 Buenos apoyos sois.

(Fray Pedro é Isabel se adelantan.)

- FR. P. Llegó el instante.
 Arrójate á sus pies. Habla en voz alta.
- ISABEL. Justicia, oh Duque. Dirigid la vista
 A esta ultrajada—no diré doncella—
 Oh dignísimo Príncipe; los ojos
 No deshonréis mirando hacia otra parte
 Hasta escuchar mis quejas y que logre
 Justicia yo. Justicia, sí, justicia.
- DUQUE. Vuestra cuita decid. ¿De qué manera
 Os ultrajaron? ¿Quién? En breves frases.
 Aquí el excelso Angelo se halla;
 A él dirigíos, y os hará justicia.
- ISABEL. ¿Para mi redención, oh noble Duque,
 Llamáis á Satanás? Vos, vos, oidme.
 Pues lo que debo publicar, castigo
 Atraerá sobre mí si no se acepta,
 Ó mi reparación. Oid. Oidme.
- ANG. Temo que su razón no esté segura.
 De mí, regio señor, para su hermano,
 Víctima de la ley, pidió el indulto.
- ISABEL. ¡Víctima de la ley!
- ANG. Seguramente
 Dirá cosas durísimas y extrañas.
- ISABEL. Extrañas puede ser, mas verdaderas.

Que os sirva la razón para que brille
La escondida verdad, y la mentira,
Que está brillando cual verdad, se esconda.

DUQUE. Gente que no está loca, de seguro
Muestra menos razón. ¿Qué se os ofrece?

ISABEL. De un tal Claudio, que fué por licencioso
A muerte condenado, soy la hermana.
Angelo fué su juez. En un convento
Me hallaba de novicia, y vino á verme
Un tal Lucio de parte de mi hermano.

LUCIO. Yo, con perdón, alteza. Fui de parte
De Claudio á suplicarle que tratara
De conseguir para su pobre hermano
De su Excelencia Angelo el indulto.

ISABEL. Él es.

DUQUE. No os dieron para hablar permiso.

LUCIO. Es la verdad, Alteza, ni tampoco
Me han dicho que callara.

DUQUE. Poes ahora
Yo os lo digo. Tenedlo bien presente.
Si en causa propia hablar debéis un día,
Hablar con discreción pedid al cielo.

LUCIO. De eso respondo, Alteza.

DUQUE. De vos mismo
Debáis, acaso, responder. Sed cauto.

ISABEL. Ya este caballero de mi asunto
Algo contó.

LUCIO. Bien va.

DUQUE. Podrá ser cierto
Que vaya bien; pero vais mal si fuera
De tiempo habláis. Vos proseguid.

ISABEL. A casa
Fui de ese vil infame delegado.

- DUQUE. Os expresáis un tanto locamente.
- ISABEL. Perdonadme, la frase es adecuada.
- DUQUE. Lo enmendáis. Proseguid. Vamos al caso.
- ISABEL. En breve—porque juzgo que es inútil
Decir cuánto hice yo para vencerlo,
Cómo de hinojos le rogué, ni cómo
Me refutaba y yo le respondía.—
Largo esto fué. La conclusión infame
Narraré con dolor y con vergüenza.
A indultar á mi hermano se negaba
Como no diera yo mi casto cuerpo
Para satisfacción de su lujuria.
Tras lucha larga el fraternal cariño
Venció á mi honor, y consentí. Temprano,
En la mañana del siguiente día,
Ya satisfecho su capricho, manda
De mi hermano infeliz por la cabeza.
- DUQUE. ¡Vaya un lance probable!
- ISABEL. ¡Tan probable!
¡Ay! ¡Ojalá no fuera como es cierto!
- DUQUE. ¡Vive Dios! ni sabéis vos, pobre loca,
Lo que diciendo estáis, si sobornada
No fuisteis en virtud de torpe intriga
Para atentar contra su honor, que limpio
Él supo siempre mantener: ¿ni cómo
Es posible, decid, que castigara
Con tal vehemencia faltas que eran suyas?
Si de ese modo hubiera delinquido,
En su propia balanza á vuestro hermano
Pesara, y no le hubiera dado muerte.
¿Quién os azuza? Confesadlo luego.
¿Quién os aconsejó que presentaseis
Esta queja ante mí?

- Cual lo está ella de quien no ha nacido.
- DUQUE. Estaba en eso. ¿Conocéis, acaso,
Al padre Ludovico, de quien habla?
- FR. P. Cual varón justo y santo lo conozco,
No cual varón indigno y descarado,
Como este caballero lo describe;
Y, aunque lo diga este señor, os juro
Que nunca ha hablado mal de Vuestra Alteza.
- LUCIO. Señor, de una manera escandalosa.
- FR. P. Acaso logre un día sincerarse.
Mas ahora, señor, se encuentra enfermo
Con fiebre alta. Vine á ruego suyo,
Al saber que acusar se pretendía
A su Excelencia Angelo, encargado
De decir, cual si hablase aquí su boca,
Lo que es verdad ó falso en este asunto;
Que, bajo juramento, si lo citan
Declarará, trayendo pruebas plenas.
De esta mujer me toca hablar primero
Para justificar al digno noble
Que acusa tan directa y torpemente.
El mentís van á darle cara á cara,
Y se tendrá que dar por confundida.
- DUQUE. Hablad, pues, digno fraile.

(Vase Isabel custodiada, y Mariana se adelanta.)

¿Lo que ocurre,
Angelo, vuestra risa no provoca?
¿Cómo engañan, ay Dios, los insensatos!
Sillas traed. En vuestra propia causa,
Angelo, primo mío, pues deseo
Ser imparcial, el juez seréis vos mismo.
¿Es ésta, padre, la testigo? Enseñe

- La cara antes de todo, y luego hable.
- MAR. Perdonadme, señor, si no la enseño
Hasta que me lo ordene mi marido.
- DUQUE. ¿Casada sois acaso?
- MAR. No.
- DUQUE. ¿Doncella?
- MAR. No, señor.
- DUQUE. Sois viuda, pues.
- MAR. Tampoco.
- DUQUE. Entonces, según eso, no sois nada,
Ni viuda, ni doncella, ni casada.
- LUCIO.—Señor, acaso sea meretriz, pues entre ellas
hay quienes no son ni doncellas, ni casadas, ni viudas.
- DUQUE. Callad vos. Ojalá tengáis motivo
Para poder hablar en causa propia.
- LUCIO. Está bien, señor.
- MAR. Que nunca me casé, señor, confieso,
Y confieso, además, no ser doncella.
Uníame con mi esposo, mas mi esposo
Que me haya unido yo con él ignora.
- LUCIO. Ebrío, señor, preciso que estuviera.
- DUQUE. Ojalá que también vos lo estuvierais
Con tal de que callarais. De la parte
De Angelo no parece esta testigo.
- MAR. A ello ahora voy, señor. La que lo acusa
De atropellar su honor, al propio tiempo
Acusa á mi marido, y yo declaro
Que al momento que cita lo tenía,
Señor, entre mis brazos amorosos.
- ANG. ¿A otro además acusa?
- MAR. No lo creo.
- DUQUE. ¿No? ¿Pero á vuestro esposo no aludisteis?
- MAR. Cierto, señor. Que es Angelo quien piensa

Que mi cuerpo jamás ha poseído,
 Y que á Isabel tenía entre sus brazos.
 ANG. Calumnia vil. Veamos vuestra cara.
 MAR. Lo ordena mi marido y me descubro.

(Quitándose el velo.)

¡Oh Angelo cruel! La cara es esta
 Que juraste una vez que merecía
 La pena de que en ella te fijaras.
 Esta es la mano que apretó la tuya
 Al jurarme tu fe, y el cuerpo es éste
 Que al cuerpo de Isabel ha suplantado
 En tu jardín, fingiéndose el de ella.

DUQUE. ¿Conocéis á esta dama, por ventura?

LUCIO. Dice que casualmente.

DUQUE. Calle el necio.

LUCIO. Me callaré.

ANG. Señor, que la conozco
 Me es fuerza confesar. Há cinco años,
 Referente al proyecto de una boda
 Algo hablamos los dos; mas el proyecto
 Fracasó, pues la dote resultaba
 Menor de lo que estaba estipulado.
 Pero principalmente por motivo
 De haber sido tachada de ligera.
 Hasta hoy, desde entonces, yo lo juro,
 Ni la vi, ni le hable, ni de ella supe.
 MAR. Príncipe excelso, como el sol alumbrá,
 Como el aliento forma las palabras,
 Como hay razón en la verdad, y como
 Verdad entraña la virtud, es cierto
 Que de este hombre prometida esposa
 Soy por razón de votos tan sagrados

- Como palabras formularlos pueden;
 Y en su jardín, señor, me ha conocido
 El martes por la noche cual esposa.
 De este suelo que oprimen mis rodillas,
 Si es verdad lo que digo, me levante;
 Ó si no, permanezca en este sitio
 En estatua de mármol transformada.
- ANG. Hasta ahora, Alteza, sonrei tan sólo.
 Mas ya justicia omnímoda reclamo,
 Porque tengo agotada la paciencia.
 Estas pobres mujeres, por lo visto,
 Son de gentes más altas instrumentos
 De que valerse saben. Permitidme,
 Alteza, descubrir tamaña intriga.
- DUQUE. Con toda el alma, y aplicad la pena
 Que os parezca mejor. ¿Vos, necio fraile,
 Y vos, mujer perversa, coligados
 Con esa que se fué, juzgáis posible,
 Aunque juréis por cuanto santo exista,
 Que vuestros juramentos hagan mella
 En honor y valer reconocidos?
 A fin de averiguar de donde emana
 Semejante calumnia, vos, Escalo,
 A mi primo ayudad. Hay otro fraile
 Que á esta gente ha ayudado. Que lo citen.
- FR. P. Pluguiera á Dios que aquí se hallara, Alteza,
 Pues él á estas mujeres ha inducido
 La queja á formular. En dónde vive
 Sabe el Alcaide, y puede aquí traerlo.
- DUQUE. Id al punto por él.

(Vase el Alcaide.)

Y vos, mi noble,

Mi harto probado primo, á vos os toca
 En la causa entender. Como os parezca
 Castigad las ofensas que os han hecho.
 Me voy por breve rato, mas vosotros
 Aquí permaneced hasta que queden
 Estos calumniadores sentenciados.

Esc. Escrupulosamente cumpliremos.

(Vase el Duque.)

Señor Lucio, ¿no habéis dicho que os constaba que
 fray Ludovico era mala persona?

LUCIO.—*Cucullus non facit monachum.* Lo único bueno
 que tiene es el hábito. Además ha dicho infamias acerca
 del Duque.

Esc.—Os suplicamos que permanezcáis aquí hasta
 que venga, á fin de atestiguar contra él. Con buen sujeto
 nós vamos á encontrar.

LUCIO.—Como no hay otro que en Viena lo iguale, os
 lo aseguro.

Esc.—Que venga esa Isabel otra vez aquí. Quisiera
 examinarla. (Vase un servidor.) Os ruego, señor, que me
 permitáis preguntar. Ya veréis cómo la pongo á prueba.

LUCIO.—No mejor que él, según lo que ella dice.

Esc.—¿Decíais?

LUCIO.—Creo, señor, que si privadamente la ponéis á
 prueba, responderá; pero en público, acaso se aver-
 güence.

Esc.—Procederé embozadamente.

LUCIO.—Esa es la manera de proceder con las mu-
 jeres.

Vuelve á entrar ISABEL custodiada.

Esc.—(Á Isabel.) Aproximaos. Aquí tenéis á una dama que niega todo lo que habéis dicho.

LUCIO.— Señor. Aquí viene el bribón de quien he hablado con el Alcaide.

Esc.—A muy buen tiempo. No le habléis hasta que se os avise.

LUCIO.— ¡Chitón!

Vuelven á entrar el DUQUE, disfrazado de fraile,
y el ALCAIDE.

Esc.—Veamos. ¿Sois vos quien ha instigado á estas mujeres para que calumnien á su Excelencia Angelo?

DUQUE.— Falso.

Esc.— ¿Qué es eso? ¿Sabéis dónde os halláis?

DUQUE. ¡Honra cumplida á vuestro excelso cargo,
Y á Lucifer, por su candente trono,
Hagamos en algunas ocasiones!

¿Dónde está el Duque? Ante él hablarme toca.

Esc.— ¡En nosotros está, que debemos oiros! Os recomiendo que habléis con sinceridad.

DUQUE. ¡Con valor por lo menos! ¡Pobrecillas!
¡Venir la oveja á demandar del zorro!
¡Adiós, recurso vuestro! ¿Fuése el Duque?
¡Pues vuestro pleito ha terminado entonces!
Mal obra el Duque, la reclama vuestra
Pública no escuchando, y vuestra causa
Haciendo que dependa de la boca
Del infame que habéis acriminado.

LUCIO. Este es aquel bribón de quien hablaba.

Esc. ¡Oh fraile irreverente y poco digno!
 ¿No os basta sobornar á estas mujeres
 Para que acusen á varón tan noble,
 Sino que, á más, con calumniosa lengua
 Le acrimináis, infame, cara á cara,
 Y dirigís después la vista al Duque,
 Y de injusticia pretendéis tacharlo?
 Vaya fuera de aquí. Llevadlo al potro.
 No ha de quedaros coyuntura sana;
 Pero vuestra intención conoceremos.
 ¿Con que injusto?

DUQUE. Templad esos ardores.
 Como si fuese el suyo, se atreviera
 Este mi dedo el Duque á dislocarme.
 Su súbdito no soy, ni diocesano
 De aquí tampoco. Mi misión cumpliendo,
 He venido á Viena, donde he visto
 La corrupción hervir á borbollones
 Desbordando el caldero. Leyes hallo
 Para todas las faltas; mas las faltas
 De tal manera toleradas veo,
 Que esos severos cánones parecen
 El reglamento de una barbería
 Que de chacota solamente sirve.

Esc. ¡Calumnias al Estado! Vaya preso.

ANG. ¿Qué atestiguáis en contra suya, Lucio?
 Decid, ¿es éste el hombre que citasteis?

LUCIO.—Sí, señor. Venid aquí, granuja motilón. ¿Me conocéis?

DUQUE.—Os conozco por la voz. Os vi en la cárcel durante la ausencia del Duque.

LUCIO.—¿Con que sí? ¿Y recordáis lo que dijisteis acerca del Duque?

DUQUE.—Perfectamente bien.

LUCIO.—¿Con que sí? ¿Y el Duque es mujeriego, y necio y cobarde, como entonces dijisteis que era?

DUQUE.—Debierais cambiar de cuerpo conmigo antes de asegurar que eso dije yo. Vos fuisteis quien así habló acerca de él, y añadisteis más, mucho más.

LUCIO.—¡Oh maldito! ¿No os tiré de las narices por razón de lo que decíais?

DUQUE.—Os aseguro que amo al Duque como á mi propio.

ANG.—Ved cómo el menguado pretende ahora perorar después de sus calumniosas afirmaciones.

ESC.—Con ente semejante no hay ni que hablar. Llévenlo á la cárcel. ¿Dónde está el Alcaide? Llevadlo á la cárcel. Cargadlo bien de cadenas. Que no hable más. Llevaos también á esas mujerzuelas y á ese otro su confederado.

(El Alcaide sujeta al Duque.)

DUQUE.—Esperad. Esperad un instante.

ANG.—¡Cómo! ¡Se resiste! Ayudadle, Lucio.

LUCIO.—Vamos, vamos, vamos. ¡Qué vergüenza! Motilón, canalla, embustero. ¿Y porqué estáis encapuchado? ¿Por qué? Enseñad esa cara, tunante, y mala peste cargue con vos. Enseñad esa cara de degüellaovejas, y que os ahorquen dentro de una hora. ¡Qué! ¿No queréis?

(Le levanta la capucha y descubre al Duque.)

DUQUE. El primer bribón eres que hace Duques.

Alcaide, antes de todo. Permittedme

Que á estos tres afiance. Caballero, (A Lucio.)

No os escurráis así, que vos y el fraile

Tienen luego que hablar cuatro palabras.

Aseguradlo.

LUCIO.

Resultarme puede

De lo que ocurre más que si me ahorcasen.

DUQUE.

(A Escalo.) Todo cuanto dijisteis os perdono;
Sentaos vos. Él me dará su puesto.

(A Angelo.)

Con permiso, señor. ¿Tenéis palabras,
Ingenio suficiente, atrevimiento,
Para poderos defender ahora?
Si es así, defendeos de seguida,
Pues cuando yo relate el cuento mío
Os tendréis que callar.

ANG.

Egrecia Alteza,

Fuera yo más culpable que mi culpa
Creyendo aparecer impenetrable,
Cuando os contemplo, cual poder divino,
De todas mis acciones enterado.
Suspended así, pues, Principe noble,
La exposición de la vergüenza mía.
Mi propia confesión mi causa acabe.
Dictad, pues, de seguida mi sentencia,
Que la muerte inmediata es lo que pido.

DUQUE.

Venid aquí, Mariana. ¿Por ventura
De esposo á esta mujer palabra disteis?

ANG.

Si, señor.

DUQUE.

Pues lleváosla y casaos
En el momento. Vos la ceremonia,
Fraile, llevad á cabo, y, consumada,
Aquí volved. Con ellos id, alcaide.

(Vanse Angelo, Mariana, fray Pedro y el Alcaide.)

Esc.

Su deshonra, señor, aun más me espanta

Que el escándalo mismo.

DUQUE. Aproximaos,
Isabel; vuestro principe es el fraile;
Cual era soy celoso consejero.
Mi corazón el hábito no cambia,
Y servidor seré vuestro por siempre.

ISABEL. ¡Ah! perdonad que yo vuestra vasalla,
Sin conocer quién erais, os causase
Tanta pena y molestia.

DUQUE. Yo os perdono,
Isabel, y sed vos tan indulgente,
Cara doncella, como yo lo he sido.
Sé que la muerte del hermano vuestro
Os punza el corazón, y os maravilla
Porque, sin darme á conocer, tratara
De salvar de la muerte á vuestro hermano
Y no mostrando mi poder oculto
Asegurar su vida desde luego.
Doncella bondadosa, la premura
Con que fué ejecutada su sentencia,
Que más lenta juzgué caminaría,
Frustró mi plan. ¡En paz ahora descanse!
Esa vida á la muerte ya no teme.
¡Vida mejor que vida de temores!
Tened resignación, que vuestro hermano
Es ahora feliz.

ISABEL. Señor, es cierto.

Vuelven á entrar ANGELO, MARIANA, FRAY PEDRO
y el ALCAIDE.

DUQUE. A este recién casado que aquí llega,
Cuyo capricho impúdico la honra

Que defendisteis ultrajar quería,
 Perdonad en favor de Mariana,
 Pero no como juez de vuestro hermano.
 Es doblemente criminal. Viola
 La sacra castidad y la promesa
 De que al hermano vuestro salvaría.
 La ley, la más clemente, pide á gritos,
 Aun por la boca misma del culpable,
 Que un Angelo pagar por Claudio debe.
 Muerte con otra muerte se subsana.
 La premura reclama la premura;
 Dilación, dilación. En esta vida
 Todo su igual: *Medida por medida.*
 Angelo, vuestra culpa está patente;
 Aunque ansiarais negarla es imposible.
 Os condenamos, pues, al propio tajo
 En donde Claudio su cabeza puso,
 Y con igual premura. Conducidlo.

MAR. Príncipe egregio, esposo concederme
 Espero no fué burla.

DUQUE. Vuestro esposo
 Es quien os ha burlado. Pretendiendo
 Dejar asegurada vuestra honra,
 Oportuna juzgué la boda vuestra,
 Pues la opinión pudiera manciillaros
 Y ahogar el porvenir de vuestra vida.
 Aunque son por la ley sus bienes míos,
 Vos los heredaréis, como viuda,
 Y marido mejor lograd con ellos.

MAR. Alteza amada, ni mejor ni otro
 Hombre pido.

DUQUE. Pedís inútilmente.
 Lo decidí.....

- MAR. (Arrodillándose.) Piadoso soberano.....
- DUQUE. Es vuestro afán inútil. Conducidlo
Al patíbulo al punto, (Á Lucio.) Caballero,
Ahora os toca á vos.
- MAR. Querida Alteza.....
Cara Isabel, ayúdame en mi cuita.
Ponte de hinojos, y mi vida toda,
Mi porvenir entero, te consagro.
- DUQUE. Es el importunarla desatino.
Si su perdón de hinojos suplicase,
La sombra de su hermano del sepulcro
Saliera, y con horror se la llevara.
- MAR. ¡Isabel, Isabel! Ponte de hinojos.
Ponte á mi lado tú. Cruza las manos
Y nada digas. Hablaré yo sola.
Se dice que á los hombres más perfectos
Los suelen moldear sus propias faltas,
Y que frecuentemente los mejores
Son los que fueron débiles un día.
Y eso puede ocurrir con mi marido.
Cara Isabel, ¿no te pondrás de hinojos?
- DUQUE. Por Claudio muere.
- ISABEL. (Arrodillándose.) Alteza bondadosa,
Si os place, contemplad al condenado
Cual si mi hermano aún vivo respirara.
Casi segura estoy que la debida
Sinceridad rigió sus actos todos
Antes de verme á mí; por tanto, pido
Que no muera por eso. Si mi hermano
Faltó á la ley, legal fué su sentencia.
Por otra parte, Angelo no pudo
Su intento realizar. Que se sepulte
Cual crimen que en su senda ha perecido.

Cuerpo no tiene el pensamiento, y sólo
Son nuestras intenciones pensamientos.

MAR. Eso sólo, señor.

DUQUE. Inútilmente

Suplicáis. Levantaos. Otra falta
Ahora recuerdo. Alcaide, ¿cómo ha sido
Que á deshora fué Claudio ajusticiado?

ALCAI. Así se me ordenó.

DUQUE. ¿Tuvisteis orden

Oficial para hacerlo?

ALCAI. Solamente

Verbal mensaje, Alteza.

DUQUE. Pues por eso

Quedáis sin cargo. Entregaréis las llaves.

ALCAI. Perdonadme, señor. Juzguélo falta,
Mas no estaba seguro. Con más calma
Visto después, me arrepentí, y en prueba,
Señor, de mis palabras, en la cárcel
Hay uno que, en virtud de orden privada,
Debió morir, y vive sin embargo.

DUQUE. ¿Y quién es él?

ALCAI. Se llama Bernardino.

DUQUE. ¡Tratado á Claudio hubierais de ese modo!
Idos luego por él. Que yo lo vea.

(Vase el Alcaide.)

ESC. Siento que un sér tan sabio y tan discreto
Obrara por pasiones impulsado
Primero, y que templanza tan escasa
Viniera á demostrar después su juicio.

ANG. A mí me appena provocar tal pena,
Que taladra mi pecho penitente.

Antes morir que la piedad reclamo.
Eso merezco y eso es lo que pido.

Vuelve á entrar el ALCAIDE, con BERNARDINO, CLAUDIO,
embozado, y JULIETA.

DUQUE. ¿Bernardino quién es?

ALCAI. Señor, es éste.

DUQUE. Un fraile ya me ha hablado de este hombre.
Dicen tenéis endurecida el alma,
Y que, cuidándoos sólo de este mundo,
Dejáis correr la miserable vida.
Condenado ahora estáis, por más que todas
Vuestras mundanas faltas os condono.
Mas quiera Dios que mi piedad os sirva
Para que el porvenir vuestro mejore.
Aconsejadle, padre. Yo lo dejo
En vuestras manos. ¿Qué embozado es ése?

ALCAI. Es otro prisionero que debía,
Cuando á Claudio cortaron la cabeza,
Haber muerto con él, y que con Claudio
Extraordinaria semejanza tiene.

(Desemboza á Claudio.)

DUQUE. (Á Isabel.)

Si se parece á vuestro hermano, logra
El perdón por amor de vuestro hermano.
Y por amor de vos la mano dadme
Y decid de una vez que seréis mía,
Y él podrá ser también hermano mío.
En mejor ocasión de esto hablaremos.
Ved. Angelo se juzga ya seguro.
Sus ojos me parece que relumbran.

Angelo, dichas vuestro crimen pagan,
 Amadla bien, y que su honor os honre.
 Decidido me encuentro á la clemencia;
 Mas á uno ved que perdonar no puedo.
 Ven aquí tú, que necio me llamaste,
 Cobarde, lujurioso, burro, loco.
 Dime, ¿por qué razón he merecido
 La fama que me das?

LUCIO.—Lo dije, señor, con arreglo al uso, sólo en broma. Si me queréis ahorcar, hacedlo; pero preferiría, si así os place, que me azotaran.

DUQUE. Te azotarán primero antes de ahorcarte.
 Alcaide, desde luego que pregonen
 Por toda la ciudad que, si existiere
 Mujer que haya sufrido algún ultraje
 De este hombre licencioso, que lo diga.
 Yo le he oído jurar que existe una
 Que un hijo tuvo de él. Que comparezca.
 Se casará con él; y terminada
 La boda, que lo azoten y lo ahorquen.

LUCIO.—Ruego á Vuestra Alteza que no me case con una perdida. Vuestra Alteza acaba de decir que lo hice Duque, señor. No me recompenséis cornudo haciéndome.

DUQUE. Te casarás con ella, te lo juro.
 Perdono tus calumnias, y cancelo
 Todas tus otras faltas. A la cárcel
 Llevadlo, y que se cumpla lo que digo.

LUCIO.—Casar á uno con una meretriz es peor que darle azotes y ahorcarlo luego.

DUQUE.—Lo merece el que á un príncipe calumnia.

(Vanse Lucio y Alcaide.)

La honra volved á la ultrajada, Claudio.

Sed venturosa, Mariana. Amante,
Angelo, sed con ella. Yo conozco
Su corazón. Su confesor he sido.
Vuestra bondad, Escalo, os agradezco,
Y algo más dulce os tengo reservado.
Por vuestra discreción y celo, Alcaide,
Os doy las gracias, y en mejores puestos
Utilizaros luego me propongo.
Angelo, perdonad si la cabeza
De Ragocino os dí por la de Claudio.
Esa ofensa á sí misma se perdona.
Cara Isabel, aún por hacer me resta
Proposición que á vuestro bien concierne.
Si la escucháis propicia, cual confío,
Lo mío vuestro es, lo vuestro mío.
A Palacio, y sabréis, amigos caros,
Un secreto que debo revelaros.
